

RELÁMPAGO DE ASOMBRO

Alana Gómez Gray

RELÁMPAGO DE ASOMBRO



{COLECCIÓN ETCÉTERA}

Primera edición, marzo 2022

© Alana Gómez Gray, 2022

© Esdrújula Ediciones, 2022

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Las Flores 4, 18004 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Maquetación: Ana Pérez Gallego

Ilustración de portada: Nerea Muguruza

Fotografía de portada: Alatiel de la Mora

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 337-2022

ISBN : 978-84-124605-2-0

Impreso en España · Printed in Spain

Para mi hija y para mi novio

Para Ruth

Relámpago de asombro

No sé qué edad tengo.

Debo de ser muy pequeña porque me visten y me peinan. No estoy comiendo en la mesita de latón de la cocina, ni está mi nana para servirme más agua fresca de guayaba si lo deseo o retirarme el plato cuando, aún sin haberlo probado, el tiempo ante él indica que ya es hora de quitarlo.

A la par, debo de ser muy mayor puesto que mi cabeza está llena de recuerdos, imágenes y voces. Son demasiadas para una sola vida, incluso.

Estoy desmadejada sobre una superficie y solo alcanzo a ver un trozo de cielo gris a través de una ventana alta. No hay nada verde ni azul, con todo lo que esos colores significan.

Debo dormir. Esta vez sí me han quitado los zapatitos, pero no llegará nadie a poner sobre mí una toalla o un rebozo calentados al sol pues estoy suficientemente cubierta como para tener frío.

Tal vez cuando despierte pueda ver a mi madre. Como en esos días cuando nadie iba de visita a casa y ella me permitía estar un rato a su lado, callada, quieta —como siempre, como ahora—, para admirarla.

DESDE EL CORREDOR

Como de flores

El suelo era de mosaico muy pulido debido al paso de tantos pies y tantas veces la escoba y el trapeador. Su diseño, con decoración fitomorfa en gris sobre fondo blanco, fue hecho bajo los cánones de otro siglo: un gran cuadrado con una cenefa que lo enmarcaba. La habitación era grande y había muchas personas sentadas, frente a frente, en sillas colocadas a lo largo de tres de sus paredes. Una mujer de bondadosa y perenne sonrisa presidía al mismo tiempo que organizaba la sala de espera. Su rotundez parecía apenas contenida por los brazos que rodeaban su cuerpo y por sus manos entrelazadas en el centro del vientre. Fungía más como anfitriona que como recepcionista en el consultorio de la doctora Trinita, homeópata que nació vieja y durante cerca de cincuenta años mantuvo su negocio en la esquina de 5 de Mayo y Zaragoza.

Se supone que en ese sitio la niña aprendió a caminar. Ella misma lo creía muy probable, pues recordaba con especial nitidez los dibujos de las baldosas. Según contaban sus mayores, ella estaba sentada, manoteaba con torpeza para asir esas formas como de hojas, como de flores. De pronto, sin

pasar por el proceso previo del gateado, se levantó y con pasos tambaleantes echó a caminar por el recinto. Cuentan que fue la sensación de la tarde.

Jamás tuvo la precedente investigación vía manos y rodillas de su entorno. Las hermanas y la madre explicaban que este proceso (sentarse - arrastrarse - gatear - caminar) quedó incompleto porque le molestaba ensuciarse las manos.

Ella cree que aquello era una exageración. Quizá era tal su afán de investigación infantil que, sorprendida ante la textura del polvo, lo veía y sentía con detenimiento. Quizá sus mayores interpretaron su actitud como un desagrado. Quizá solo se hartó de que cada vez que se entregaba al análisis, la llevasen al lavabo.

Quizá pensó que en eso consistía todo: sentarse, observar, poner las manos y las rodillas en el suelo, detenerse a estudiar las palmas, ser lavada, ser colocada de nuevo en el suelo, observar, poner las manos y las rodillas... Quizá solo por romper la monotonía de la infancia, decidió ponerse en pie y caminar.

Velación

Niña cansada de sostener el plato con agua y velas, de vigilar, con miedo, que el miedo no se acerque. Niña asustada, con dolor de hombros y piernas temblorosas, a la que nadie agradeció. Niña que solo desea dormir, que se hastía de su destino y espera que esto acabe. Cómo pedirlo, a quién. La madre, incluso, corre peligro. Por eso hay que cuidarla. O pedir ayuda a aquellos seres a los que a la vez se les teme. Círculo vicioso.

La niña está de pie en el patio de la casa. Su espalda, contra la cantera de una de las columnas. Está cansada, muy cansada, y llora. Sostiene una palangana con agua, redonda, de barro, en cuyo borde hay colocadas delgadas velas de sebo que han chorreado sobre sus dedos, sus zapatos y el suelo de cemento. Le duelen los brazos por esta tarea, parte de un oficio que le viene por herencia. Debe participar en todos aquellos ritos que lleva a cabo la madre, maestra inflexible, transmisora de un conocimiento cuyo origen se remonta a más años de los que podrían ser recordados. La niña estaba llamada a ser poderosa y gozar de gran fama, mayor aún que la de las abuelas.

Sin embargo, la enfermedad que retiró de tan milenario oficio a la madre fue tomada por el resto de la familia como un presagio; se decidió olvidar el legado y alejar a la niña de ese mundo oscuro, enmarañado conocido como brujería. Mas las tradiciones no dejaban cabida a la marcha atrás: una aprendiz jamás será un ser humano normal.

Una de las actividades frecuentes a las que asistía era a las velaciones. En una ceremonia privada se colocaba al paciente en el centro de la habitación, tendido sobre el suelo, bocarriba, con las manos enlazadas sobre el plexo solar, cubierto con una tela y entre cuatro cirios encendidos. Las allegadas del aquejado formaban parte también rezando y llorando por el alma del tendido, como si estuviese muerto de verdad. La niña era colocada de forma estratégica cerca del supuesto fallecido con la bandeja con agua y velas. Su papel era primordial pues sostenía la vida del velado. El ritual debía ser rápido, su duración estaba marcada por el tiempo que durasen las velas encendidas. Ella, la niña, en tanto alma nueva y cuerpo virgen, debía vigilar que no se apagasen las luces o se derramara el agua, pues el paciente podría morir de verdad. Se vería obligada entonces a proporcionarle su propia alma hasta que su espíritu fuese encontrado y traído de regreso.

Con todo, la educación de la niña quedó incompleta y nunca aprendió a recuperar espíritus perdidos.

Con el paso de los años olvidó esa etapa y, aunque desconocedora cabalmente de su herencia, persistieron en ella sensaciones y recuerdos vagos. No obstante, el pasado, siempre tendente a emerger a la menor provocación, le obsequió

un miedo familiar, un cansancio viejo. Una incongruente parálisis existencial le llenó la cabeza y el cuerpo de voces. Había aprendido a velar la vida ajena pero no la propia.

Del mismo modo

Cuando tenía cerca de cinco años, le tocó ser testigo de un hecho, monstruoso por haber sido realizado en su presencia. Una prima lejana había venido a vivir a su casa, entre otros motivos, por encontrarse bajo la influencia de un demonio.

La madre de la niña debía vencer a aquel ser del Averno y expulsarlo del cuerpo de esa pariente. Solo era cuestión de esperar el momento propicio. Llegó el día en que el ser maligno se manifestó y no tuvo el menor empacho en hacerlo delante de la niña de la casa, de las visitas, del asombro de todos.

La madre, conocedora de las costumbres demoniacas, se había preparado para la ocasión y procedió a iniciar el exorcismo. Y ella, pequeño ente que obstaculizaba como norma el paso de los adultos, fue llevada a la habitación más próxima, dejada detrás de una puerta, en la oscuridad. La consigna era no salir, no moverse, no hacer ningún ruido, escuchara o viera lo que fuese. Lo que oyó fue una voz diferente a la de la prima. Una voz que si bien surgía de ella, no era la suya.

Su posición poco estratégica y vulnerable le impedía atisbar cualquier movimiento, cualquier cambio en la fisonomía de la poseída. Lo único verdadero es que había dos voces en esa mujer. La madre, con desconocida energía, ordenaba al intruso mirar bajo sus pies. Se trataba del pozo, cuyo fondo siempre se dijo era profundísimo. Nadie hubiese imaginado que llegase hasta el mismo infierno, a donde debía tornar el invasor.

Al demonio ese no le quedó más remedio que obedecer y, con un alarido que provocó el llanto de la pequeña, se fue hacia sus territorios naturales.

A partir de esa tarde, la niña supo que su madre nunca debía enterarse de la existencia también en ella de dos voces. De saberlo, la sometería a la severidad de un interrogatorio tras el cual, si obedecía y confesaba, sería enviada al abismo. Si, por el contrario, desobedecía, sería objeto de algún castigo tremendo. Optó por callar desde entonces.

Sin embargo, años más tarde desearía haber experimentado estar del mismo modo que su prima: con su demonio interior claramente frente a sí.

Inapetencia

Yo era mala para comer. Ir a la mesa era una tortura tanto para mí como para las demás. Aguardaba circunspecta, muy bien sentada y con la servilleta en el regazo los platillos que pondrían ante mí. Pocos cumplían mis expectativas.

La incapacidad para desentrañar mis preferencias más mi constitución pequeña, preocupó a mi madre, por lo que comenzó a llevarme a cuanto galeno pudo para que me hicieran subir de peso o, por lo menos, no rechazar todo lo que me ofrecían.

Casi siempre eran hombres, me colocaban sobre una mesa y me examinaban la lengua, los ojos, las orejas, las rodillas. Lo invariable era que cada médico ponía una de sus manos sobre mi barriga y se la golpeteaba con un dedo. Me escuchaban el corazón y mis ruidos interiores con un estetoscopio que a veces me prestaban. Terminaba con el obsequio de una paleta de dulce cuyo olor no siempre me gustaba, la receta de algún jarabe y el estrechamiento de la mano de mi madre mientras le aseguraban que yo estaba en perfecto estado y aquello sería pasajero.

Pero corrían los días, mi madre perdía la paciencia y había que ir a otro consultorio. El último al que acudimos fue para mí el más fascinante de todos. No se reducía al típico lugar con un señor con su escritorio y sus diplomas sino un espacio amplio y con mucha luz, con una camilla de auscultación muy grande y las paredes llenas de anaqueles y vitrinas, levemente iluminadas, que contenían lo mismo libros que frascos con cosas dentro. Para centrarse en mi madre y su recuento de mis síntomas, el médico me dio permiso para pasear por el sitio. Ella tuvo tiempo para explayarse en mis meticulosidades alimenticias y yo para descubrir que en uno de los aparadores había frascos llenos de lombrices. Con certeza nadie repararía en ellas porque cualquier adulto debería agacharse mucho a fin de observarlas con tanto detalle como lo hice yo. No eran como las del jardín de mi casa aunque se les parecían bastante. Los colores de éstas eran más bien blanquecinos o amarillentos. Había una muy delgada, como un hilo largo, larguísimo y cabecita romboide. Otras algo aplanadas y del tamaño de la uña de mi meñique. Había frascos con una sola y otros con profusión de ellas.

Yo estaba extasiada. Si bien los gusanos no eran mis seres favoritos y no sabía si estos estaban muertos o vivos, me producía cierta sensación de confort el orden en que estaban colocados los recipientes, la armonía entre continente y contenido, las cantidades exactas de cada espécimen de acuerdo con sus características particulares.

El hombre me llamó a su lado, me levantó con sus manos, me sopesó y eso fue todo. Me preguntó si me había gustado su colección de lombrices, a lo que contesté que sí con alegría,

al tiempo que mi madre miraba con asombro el sitio donde yo había estado entretenida tanto rato. Él me mandó que le leyese los títulos de algunos libros de un atiborrado librero mientras terminaba de hablar con mi madre.

No nos extendió receta alguna, no me dio paleta ni me dijo que fuera obediente. En cambio, para la cena de ese mismo día, fue dispuesta para mí una mesa pequeña en la cocina: ya no comería en el comedor con las demás. Y en lugar de darme, por ejemplo, arroz con huevo o salchichas con zanahorias, llegaba primero el arroz y luego el huevo y así. Cada alimento era colocado a solas en el centro del plato. Y por fin comí todo cuanto mi madre quería.

Por cómo me miró durante días, tuve la certeza de que, al contrario que a mí, no la deleitó ir a un lugar donde había tantas lombrices.